Alex tenía acceso, mediante un mando a distancia, para entrar en el parking subterráneo de un edificio de la calle Aragón de Barcelona. Justo allí, en la tercera planta, vivía Helena.
Estacionó su vehículo en una plaza vacía, propiedad de su amiga, y se dirigió al ascensor.
Helena había dejado la puerta de la vivienda entreabierta al avisarle él por teléfono de su inminente llegada. Eran las nueve de la mañana y ella no comenzaba su turno hasta las tres de la tarde en los conocidos grandes almacenes.
Alex entró, cerró la puerta y fue directamente al dormitorio. Sabía que Helena le esperaría allí.
Lo primero que hizo él fue comenzar a desvestirse mientras ella le observaba, excitada e impaciente permaneciendo, con falso pudor, tapada con la sabana por debajo de su barbilla.
Cuando Alex levantó la sabana, para introducirse en la cama con ella, comprobó con satisfacción como su desnudez integral esperaba con deseo ser abrazada, poseída.
– ¿Tienes algo por ahí? – Preguntó mientras la besaba en el cuello y ella echaba su cabeza hacia atrás complacida. Él se había acostumbrado ya a la idea de que el sexo era mucho más satisfactorio asociándolo al estímulo de la Cocaína y lo necesitaba para sentirlo en toda su fuerza.
–Sí, ahí en la mesita tengo una papelina. Habrá para los dos–. Respondió Helena con picardía en la mirada. Ella sentía la misma excitación añadida también cuando se vivificaba con una dosis de Coca antes de comenzar el juego sexual.
La mañana era lluviosa y en el exterior el mundo fluía ajeno a lo que ocurría en una habitación perdida de la gran urbe. Hasta el dormitorio, que permanecía con las ventanas abiertas, llegaba el murmullo de la mezcla total entre humanos y máquinas pero para ellos no era impedimento alguno, más bien les parecía una sinfonía surrealista que afinaba bien con sus evoluciones carnales. Esa vorágine, amalgama de tres elementos; sexo, droga y sonido vital, los envolvió por espacio de dos interminables horas hasta dejarlos extenuados.
Así pasó gran parte de aquella mañana lluviosa y fea de final de verano en que los amantes se reencontraron una vez más.
Más tarde, y tratando de reponerse del agotamiento producido por la pasión del encuentro, Alex fumaba, relajado, un cigarrillo mientras tomaba una cerveza cómodamente arrellanado en el sofá del pequeño salón. Cuando encontró el momento oportuno se dirigió a ella procurando poner el tono más sereno y seductor posible:
–Helena tengo que pedirte un favor.
–Alex, si es dinero otra, vez te aviso de antemano que no puede ser, tengo muchos gastos; alquiler, comida… y mi sueldo no llega para ahorrar ni un euro al mes. Además no me has devuelto los doscientos euros que me pediste hace ya algunos meses. De verdad, no puedo…–Helena paró al dudar si, tal vez, él no fuera por ese camino y estuviera anticipándose en advertirlo de su situación económica sin motivo.
–Estoy en un buen lío Helena–Él trató de que su cara mostrara un gesto creíble de angustia, de estar compungido–.Tengo algunas deudas por ahí y no veo la manera de salir de esta ratonera. Tengo problemas incluso en mi trabajo…he recibido avisos serios de que si no pago lo que debo… Mi situación está empeorando por momentos y no quiero hacer ninguna barbaridad.
–Habla claro Alex,